

UGANDA

INSTINTO ANIMAL

ATRAVESAMOS ÁFRICA PARA ADENTRARNOS EN LAS SABANAS Y LAS SELVAS DEL PAÍS DONDE LOS GORILAS Y LOS CHIMPANCÉS, ADEMÁS DE UNOS PAISAJES ESPECTACULARES, SON EL TESORO MÁS PRECIADO. UN VIAJE DISEÑADO CON LAS ARTES DE UN SASTRE PARA QUE NO LO PUEDAS OLVIDAR JAMÁS.

por **Jacobo de Arce** fotos **Gonzalo Gimeno**

Rafiki, uno de los gorilas espalda plateada que habitan en el Parque Nacional de la Selva Impenetrable de Bwindi. A la izda., una vista de la selva, con los volcanes de fondo.



La avioneta de AeroLik sobrevuela los lagos y montañas del oeste de Uganda. Arriba a la dcha., momento para el café durante el safari a pie en Kidepo.



EL HOTEL CLOUDS

El lago Victoria es el principio y el final de esta historia. A su orilla se asoma el aeropuerto de Entebbe, y allí acabamos de aterrizar ocho horas después de despegar de Estambul y sobrevolar Egipto y Sudán, con una breve escala en Kigali (Ruanda). Podríamos ser una versión aérea, más limpia y menos malherida, de Burton, Speke o Stanley, aquellos exploradores que, en la segunda mitad del siglo XIX, recorrieron África Central en busca de las fuentes del Nilo para acabar encontrándolas en esta gigantesca masa de agua, de un tamaño parecido a Castilla La Mancha. Amanece cuando, al llegar a un hotel cercano, nos damos de bruces con la superficie calmada del lago y la luz melosa del alba. A unos cientos de metros, aguas adentro, cruza la línea del Ecuador. En esta orilla estamos en el hemisferio norte y es invierno, pero divierte pensar que para aquella barca lejana es verano.

CAMINO DE LO SALVAJE

Al norte y al invierno, que aquí es cálido y seco, ponemos rumbo en la avioneta que nos lleva al Parque Nacional de Kidepo Valley, muy cerca de la frontera con Sudán del Sur. Uganda es un país de carreteras imposibles. Situado en el puesto 162 del Índice de Desarrollo Humano y con una corrupción endémica, las infraestructuras se en-



SEMLIKI SAFARI LODGE



cuentran en un estado pésimo. En una hora recorreremos lo que en coche habría sido un día y medio. Elephant, la agencia de viajes a medida con la que hemos emprendido esta aventura, sabe que el tiempo es importante y que hay que concentrarlo en las experiencias que merecen la pena. La que corresponde ahora es instalarnos en el exclusivo Apoka Lodge y disfrutar, casi en soledad – en tres días solo nos cruzaremos una vez con otro coche –, de las vastas llanuras salpicadas de pequeñas montañas rocosas por las que se despliega el parque. En el pequeño complejo hotelero las habitaciones son construcciones de madera y techos de paja, dotadas de todo el lujo, versión rústica, que un lugar tan remoto como este puede ofrecer. El pueblo más cercano está a decenas de kilómetros, y a través de los grandes ventanales, nos vemos rodeados de búfalos, jabalíes y antílopes que descansan tranquilamente bajo

el sol del mediodía. La inmersión en la naturaleza es total.

EL JUEGO DEL SAFARI

A los safaris, *games* en la jerga local (en el pasado había algo de juego, un tanto siniestro, en salir de caza mayor por la sabana), hay que partir muy temprano por la mañana, o bien cuando el sol empieza a caer. En las horas centrales del día los animales descansan y se refugian del sol, lo que también es un buen consejo para los visitantes. A las cinco de la mañana ya estamos en pie para subirnos a los todoterrenos descapotables. Nada más salir a los senderos que recorren el parque nos encontramos con un grupo de jirafas que cruza parsimonioso a pocos metros de los coches. Muy cerca, unos búfalos pastan ajenos al mundo. A pesar de que estamos en la estación seca, Kidepo es una zona rica en pastos y muchos todavía tienen un cierto tono verde. Pero la vida aquí no



A la izda., la veterinaria Gladys Kalema-Zikusoka en Bwindi. Sobre estas líneas, pescadores en el lago Alberto, y encima, pareja de cebras en Kidepo.

siempre es tranquila. Uno de los guías nos advierte, tratando de no alzar la voz: "*Cheetah, cheetah!*". Cuando enfocamos los prismáticos donde señala vemos un guepardo agazapado a unos 30 metros de un grupo de antílopes. Dubitativo, a los pocos segundos se da la vuelta y desaparece. Le hemos amargado el desayuno, pero él nos ha alegrado el nuestro: cuando regresamos al *lodge*, en la mesa no se habla de otra cosa. El resto del tiempo que pasamos en Apoka transcurre entre baños en la piscina excavada en la roca y la cata intensiva de cervezas locales –Nile y Club son dos duros contendientes–, la visita a la aldea cercana de Lorukul, donde nos reciben con danzas tradicionales de emparejamiento, y más safaris. En el de la tarde los guías siguen las huellas de los animales y nos topamos con cebras, caimanes y hasta con una *spitting cobra*: el veneno que escupe te puede dejar ciego. La jornada se remata con un *sundowner*, el clá-



La sabana en el Parque Nacional de Kidepo, donde los animales conviven tranquilamente con los escasísimos visitantes. Debajo, pista de aterrizaje en Semliki y una familia de elefantes en Kidepo.



LA JORNADA SE REMATA CON UN 'SUNDOWNER', UN PICNIC VIENDO LA PUESTA DE SOL.

sico picnic/aperitivo para ver la puesta de sol, sobre una gigantesca roca que deja la sabana a nuestros pies. A la mañana siguiente descubrimos los rudimentos del safari a pie. Patrick, un simpático *ranger* armado, nos advierte de que si un animal nos ataca, nunca se nos ocurra correr. En esta ocasión todos son cordiales y corretean por el campo como si nosotros ni siquiera existiéramos.

SASTRERÍA DE VIAJES

Gonzalo Gimeno fundó Elefant hace 15 años, después de pasar media vida en diferentes países y trabajar en multinacionales.

Los viajes eran su pasión y vio que había un nicho de mercado en el que podía hacerse hueco, aquel en el que se cruzan las etiquetas "lujo" y "a medida", proponiendo experiencias únicas que ellos prueban previamente. "A la primera cita con mis clientes no voy con un catálogo, sino con un boli y una libreta –nos cuenta–. Escucho sus preferencias, miro los libros de sus estanterías o lo que tienen en la nevera. Veo a qué juegan los hijos". Cuando se ha hecho una idea clara de ellos, les propone un destino y lo ajusta a su medida, como un sastre. El País lo bautizó con bastante acierto como "el men-



Arriba, a la izda., el grupo de visitantes en la selva de Kibale, en busca de chimpancés. Sobre estas líneas, el Picozapato, un tipo de pelícano en peligro de extinción porque, entre otras razones, los pescadores lo cazaban para que no les quitase la pesca.



APOKA LODGE



talista de los viajes". Para esta ocasión ha diseñado dos días de safari en Kidepo, dos en la selva de Semliki y el lago Alberto y dos en el bosque impenetrable de Bwindi. Todo medido para que el visitante reciba la ración justa de cada estímulo y no haya ni un solo minuto de sobra.

HACIA EL REINO 'CHIMP'

A Semliki llegamos atravesando el norte del país. Desde el aire hemos visto el Nilo, y hemos pasado del dorado de la sabana al verde de pastos y bosques, para llegar de nuevo a una zona de lagos. Ya camino del parque nacional de la selva de Kibale, la carretera es un fresco con todos los clichés de la pobreza africana, de las casas de adobe a medio terminar a las motos con los cuatro miembros de una familia a cuestas. También nos encontramos con un desfile escolar en medio de la calle. Los niños lucen uniformes impecables acompañados de

una banda de música. Las plantaciones de *matoke*, un plátano verde que es el plato nacional, flanquean la carretera: mientras las mujeres trabajan los campos, a los hombres los vemos sentados en la puerta de casa, en el bar o sacando brillo a la moto. Kibale es uno de los diez parques nacionales que hay en Uganda, y en él viven 1.500 de los más de 6.000 chimpancés contabilizados en el país. Esa cifra le ha valido el sobrenombre de capital mundial de los *chimps*, y el mejor lugar para verlos en estado salvaje. Armados con chubasquero –en la selva el tiempo es muy variable– y botas de *trekking*, nos adentramos con un *ranger* en el tupido bosque de la reserva. La comunidad *chimp* que vamos a visitar se compone de 120 miembros y está habituada a la presencia humana. Llevan 20 años siendo visitados por científicos y reducidos grupos de turistas. Cuando llevamos media hora de ruta, apartando ramas y hierbas y soportan-

do chubascos intermitentes, vemos por fin algunos de los preciados primates. Los que más se acercan son los más ancianos. Hay también bebés, y los machos alfas no paran de moverse de un lado para otro. Suben a las copas de los árboles antes de que podamos verlos y se desplazan centenares de metros en cuestión de segundos. El *ranger* Sanyu nos describe las peleas que hay entre las diferentes comunidades cuando se dirime el territorio o los recursos. La violencia es tal que algunos llegan a ser caníbales para demostrar su poderío. Hoy la cosa no va más allá de los gritos y carreras. Regresamos a los coches calados, pero también entusiasmados por el espectáculo presenciado.

DOS ECOSISTEMAS

Semliki Safari Lodge es un campamento compuesto por nueve habitaciones que son un híbrido de tienda de campaña y cabaña

Una canoa en la orilla del lago Alberto. A la derecha, las mujeres que recogen paja en ese mismo lugar, máscaras de artesanía local y una tienda de telas con estampados masáis.



UN GORILA ESPALDA PLATEADA NOS ESPERA A UNOS SEIS METROS DE DISTANCIA, COMIENDO UNA CANA.

de lujo, y se encuentra muy cerca del lago Alberto. Allí vamos al día siguiente a navegar para avistar algunas de las especies de aves endémicas de la región, y en particular al Picozapato, un tipo de pelicano muy difícil de ver. De vuelta en tierra, visitamos una comunidad local que vive de recoger la paja para hacer los tejados de las viviendas típicas de la zona. También hay tiempo para hacer safari por la sabana que rodea la propiedad. La coexistencia de un ecosistema seco y otro húmedo a escasos kilómetros es una de las cosas que hace especial a este lugar. Volvemos a ver elefantes, búfalos y antílopes, y rematamos con un *sundowner* en el que se apura algún vino sudafricano. Es nuestro último paseo por las planicies doradas, porque nos esperan las montañas y un paisaje de colinas sembradas de té.

GORILAS SIN NIEBLA

En las estribaciones de la selva impenetrable de Bwindi está Clouds, el único hotel de los que visitamos construido en piedra y cemento y con un wifi que se acerca a lo decente. Cada habitación es una *suite* en una pequeña casa, tiene salón con chimenea y uno o dos dormitorios y baños. Con un paisaje de volcanes de fondo y casi tocando la frontera con Congo, el hotel está en tierra de gorilas, que son la verdadera razón por la que hemos emprendido este viaje. La excursión para verlos, una vez más, arranca muy temprano. Se puede tardar entre una y seis horas en encontrarlos, y eso si es que deciden aparecer. Nos vamos de nuevo pertrechados con botas de *trekking* y pantalón largo –imprescindibles ante posibles picaduras de insectos y serpientes–, manga larga y guantes para lidiar con las ramas de la selva, algunas llenas de espinas. También con bocado y dos litros de agua: además del sol y las horas de caminata, el factor cuesta, porque aquí se suben y bajan montañas, es decisivo. Elefant ha convocado para la excursión a Gladys Kalema-Zikusoka, una reputada veterinaria que es la máxima autoridad en gorilas del

país y que ha protagonizado documentales de la BBC. Hacer esta ruta con ella es el lujo verdadero. Tras recorrer senderos entre colinas de té que recuerdan a Tailandia o Vietnam, un muro de maleza se planta ante nosotros. Es la línea donde comienza la selva, y en un minuto los machetazos de un *ranger* la hacen penetrable. Dentro es difícil caminar. Raíces y ramas caídas se enredan en los pies, y hay tantas lianas que uno espera que aparezca Tarzán. Alguien susurra la norma básica de seguridad: si un gorila carga, nunca corras. Hay que retroceder un poco, mirar al suelo en señal de sumisión y, si es necesario, hincar la rodilla. Después de un rato de esforzado paseo, llega por fin el momento. En un claro del bosque, tres gorilas retozan después de un banquete de hojas y frutas. No están solos. Tras cruzar un pequeño riachuelo, nos encontramos con el verdadero tesoro. Rafiki, un gorila espalda plateada, un macho alfa de más de 14 años y 150 kilos, nos espera a una distancia de unos seis metros, apoyado en un árbol mientras se come una caña. Un poco más allá está el resto de la manada. Una madre con sus crías, que le hacen mimos en la espalda, una gorila más anciana y un macho joven. La familia retoza mientras las cámara

ras agotan baterías y Gladys recoge muestras para su trabajo. La bióloga sabrá con ellas si alguno está enfermo. "Si es así, se les puede tratar, pero con dardos, porque acercarse más es peligroso".

DUDAS EN EL PARAÍSO

No tardamos en retirarnos, porque no se puede permanecer con ellos más de una hora. Mientras caminamos de vuelta nos planteamos si pagar 600 \$ (para los ugandeses el precio es mucho menor) por entrometarse en este paraíso natural y dejar huella en la vida cotidiana de esta especie en peligro de extinción, tiene realmente sentido. Pero lo cierto es que si no se hubiera protegido el parque y mantenido con las entradas de los guiris que lo visitamos desde que se abrió al público en 2004, hoy esta especie estaría diezmada o directamente desaparecida. Con ese consuelo y un montón de imágenes en la cabeza regresamos al hotel. Al día siguiente, ya en Entebbe, damos un pequeño paseo de despedida por el Lago Victoria. El sol se esconde, el cielo refule naranja y alguien pincha en el móvil la banda sonora de *Memorias de África*. No es más que otro tópico, pero también el remate perfecto para un viaje a un continente, a un país, en el que todos los tópicos son conmovedores. ■

GUÍA DE VIAJE

PLANEAR

Elefant

Aquí no te presentas con un viaje en mente. O sí, pero no es lo habitual. Lo suyo es contarles cómo eres y qué te gusta y que ellos diseñen un viaje. El plan incluirá experiencias exclusivas –no siempre es sinónimo de caras– para que sea el viaje de tu vida. elefant.com.es

LLEGAR

Turkish Airlines

La vía más práctica para llegar a Uganda es vía Estambul y su aeropuerto, donde es imposible aburrirse, sobre todo si tienes la suerte de acceder a su sala VIP, un cuento de las mil y una noches gastro. Disponen de varias conexiones semanales. turkishairlines.com

QUEDARSE

Wild Places

Los tres hoteles que aparecen en este reportaje pertenecen a esta empresa fundada por Jonathan Wright. Confort y servicios de primera, pero el lujo de verdad son sus ubicaciones, siempre inmersos en la naturaleza más impresionante. wildplacesafrica.com